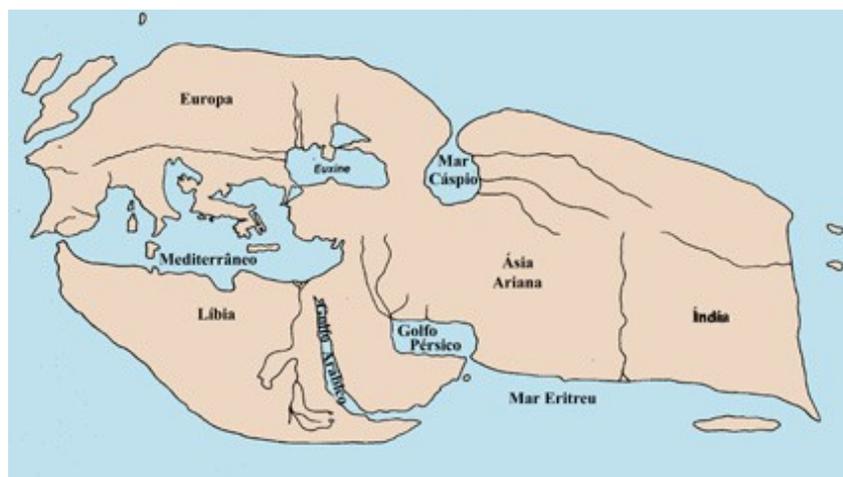


# EL RAPTO DE EUROPA

El nombre con el que designamos a nuestro continente tiene una etimología problemática. La voz *Europa* se usa por vez primera en un *Himno homérico a Apolo* (sg.VII a.C.).<sup>1</sup> Sin embargo, aquí solamente se refiere a la Grecia continental en oposición al Peloponeso y a las islas helenas. Más tarde adquiere el sentido de todo un continente opuesto a Asia. La raíz semítica “br”, de la que podría derivarse «Europa», se traduce como «tierra de ocaso». Su antónimo «asu» significa algo así como «amanecer”. Tendríamos pues el *occidente* (cae el sol) enfrentado al *oriente* (nace el sol) Otra etimología propuesta parece mucho menos fundamentada: derivar *Europa* de «eur + ops», esto es, «vista amplia» (por la extensión del continente) o quizás «ojos grandes», calificativo que conviene a la doncella Europa raptada por Zeus disfrazado de toro según el conocido mito griego. Nada extraño es que un espacio geográfico se llame con el nombre de una mujer si se piensa que fenómenos atmosféricos como los huracanes reciben apelativos femeninos. Pero ¿cuál es el vínculo que une a un dios del Olimpo y a una doncella fenicia mítica con una de las tres partes de la Tierra conocidas en la antigüedad. Herodoto (sg. V a.C.) confiesa que no sabe quién fue ni porqué se realizó dicha asociación. Ahora bien, en ese problema bicorne - mito, geografía- falta un tercer elemento: el toro. Ciertamente el animal cornúpeta tiene un carácter sagrado en Oriente, culto que se transmite en el mediterráneo como vemos en Creta. Pero ¿qué razón existe para que el nombre de *Europa* se vincule precisamente al «lucido honor del cielo» gongorino. ¿No se podría haber utilizado otro mito y llamarnos «prometeos» en lugar de «europeos»? ¿Por qué Zeus, que se había disfrazado ya antes como águila o cuco, escoge ahora el disfraz taurino? Eratóstenes (sg. III a.C.), haciéndose eco de Eurípides, vincula la constelación celeste Tauro al mito de Europa. Una de las estrellas más brillantes será «Enalth», esto es, «el que embiste» en árabe. En la tierra, de tejas abajo, el «uro» (auroch) es un bisonte del Cáucaso que embiste con la misma fuerza que el «euro», ese dios del viento que sopla desde el sureste hacia el continente. Y bien: observemos ahora un momento las notables semejanzas del mapamundi de Eratóstenes con un bóvido (más tarde veremos los puntos débiles de esta identificación si queremos ligarla al mito de Europa).

---

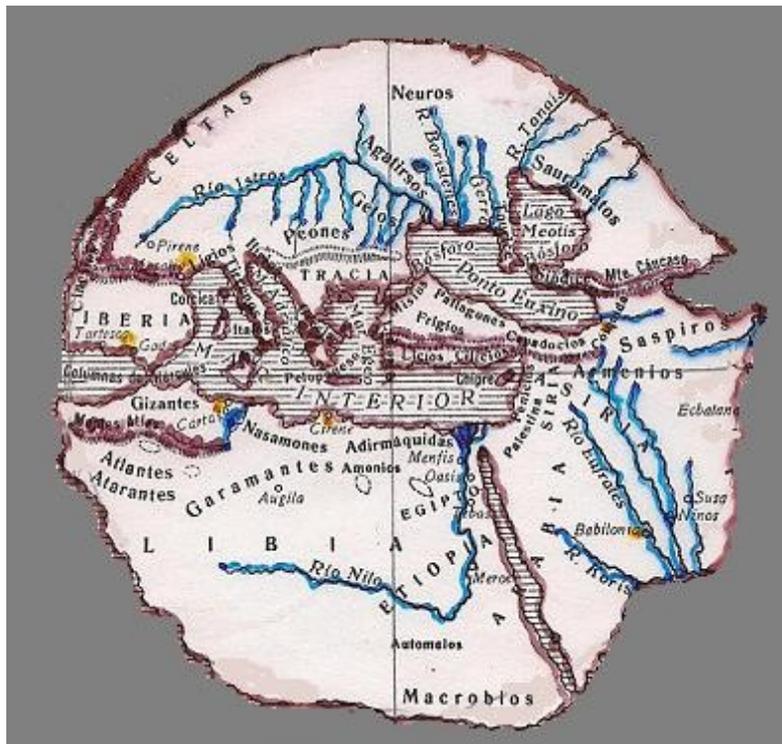
1 Homero en la Iliada (XIV, 312) solamente habla de los amores de Zeus con la “hija de Fenix” (es decir, Europa, sin mencionar el nombre) y no hace ninguna alusión a la transformación en toro.



La Gran Bretaña e Irlanda serían la cornamenta; la península ibérica, con la inflexión de Portugal y el hocico gaditano hacia abajo en actitud de embestir, puede verse como la cabeza del toro; las penínsulas itálica y balcánica, flexionadas en la dirección del ataque (como se desconoce la perspectiva pictórica ambas representarían las patas delanteras mientras que los cuartos traseros se sitúan en la parte final de la Siberia); la testuz inclinada refuerza la idea de embestir y todo el lomo del animal sería también el norte siberiano; podríamos incluso añadir los órganos genitales con la península de Crimea colgando en el mar negro. Por supuesto, Escandinavia no es aún conocida.

Nadie puede negar que las coincidencias sean sorprendentes, aunque todavía sorprende más aún que el autor del mapa enlace la constelación de Tauro con el mito de Europa sin mencionar en absoluto el espacio geográfico trazado por su propia mano. En cualquier caso, no es una cosa infrecuente las metáforas que comparan topónimos con objetos o personas y animales: Italia es la *bota*; Sicilia se llama así por su forma triangular de *sica* o puñal; las tetas de María Guevara, dos cerros gemelos ubicados en la isla venezolana de Margarita...O Hispania como la “piel de toro” (¿acaso se parece más al animal nuestra península que el continente?)

Sin embargo, existe un escollo muy importante: la cronología. El mapamundi del geógrafo griego es varios siglos posterior al mito de Europa raptada por el dios Zeus. Este mito aparece la primera vez en Hesiodo (Fr. 141). Podemos acudir entonces a un mapa anterior, el mapa perdido de Anaximandro (sg. VII-VI a.C.) tal como lo representa una de sus distintas reconstrucciones.<sup>1</sup>



La diferencia con el mapa anterior consiste en que el toro, siendo desconocidas las islas británicas, se convierte en un becerro sin cuernos o bien un novillo con las astas incipientes que apenas despuntan sobre los montes cántabros (de no ser acaso que el cuerno izquierdo sea los Pirineos vistos en una imagen de perfil). Pero, aunque hemos acercado en casi tres siglos la fecha del mapa a la formulación del mito, aún nos quedan varios problemas cronológicos que solamente pueden solventarse mediante varias conjeturas, posibles pero muy difíciles de probar ante la total ausencia de fuentes documentales.

La fecha de nacimiento de Anaximandro se calcula aproximadamente sobre el 610 a.C. Podemos retrasarla unos quince años. De ese modo el filósofo y geógrafo tendría en el 605 a.C. veinte años cuando era alumno de Tales de Mileto. Como es lógico, el maestro y el discípulo no pueden estar distanciados por pocos años. Si admitimos una diferencia de treinta y cinco años de edad Tales tendría cincuenta y cinco años en el 605 a.C. y su nacimiento podríamos calcularlo entonces sobre el 660 a.C. Tales, maestro de Anaximandro, podría haber dejado a su alumno un bosquejo o bien algunas descripciones acerca de las partes del mundo. Por otro lado, si Hesíodo nace sobre el año 700 a.C. y muere de edad avanzada, pueden ser contemporáneos un anciano Hesíodo y un joven Tales. La diferencia de cuarenta años no impide que el filósofo influya en el poeta de mayor edad aunque fuera de un modo indirecto. También se podría suponer que algunos de los fragmentos atribuidos a Hesíodo (especialmente el 141, del mito de Europa) son obra tardía de sucesores. Hacer adiciones a trozos sueltos es más sencillo que escribir toda una obra completa.

Ciertamente son demasiadas hipótesis: modificación de fechas (aunque éstas sean solamente aproximadas), suposición de que Tales de Mileto proporciona conocimientos geográficos a Anaximandro, posible atribución dudosa de algunos fragmentos... La historiografía, incluso la que versa acerca de la antigüedad, no se construye sobre la fe ni se asienta tampoco en el barro.

Ahora bien, hemos hablado hasta aquí de un solo toro, blanco para más señas. Sin embargo, existe también una “vaquilla” blanca. El mito de Europa cuenta la transformación de Zeus en un “toro blanco” para seducir a la doncella fenicia; el mito de Ío narra que Zeus convierte a la muchacha en una “vaquilla blanca” para ocultar a su celosa esposa Hera sus amoríos. El mismo color blanco alude a la identidad de los amantes; la distinción entre “toro” y “vaquilla” revela el carácter sexual de dichos encuentros a espaldas de la mujer legítima del dios. Probablemente estos dos mitos, complementarios en cierto modo, se interfieren mutuamente. El mapa de Anaximandro, sin las islas británicas o incipientes, apoya la idea de un “novillo” más que de un toro; Ovidio, siglos más tarde y quizás bebiendo fuentes griegas, dirá que Zeus disfrazado de toro tiene “pequeños cuernos”. Claro está que en los vasos conservados que nos muestran el mito (todos tardíos) vemos un bóvido de cuernos largos.

Pero, a pesar de todas las dificultades planteadas y de todos los numerosos cabos sueltos, nos queda la inquietante similitud (¿casualidad?) entre la forma de Europa y ese toro enamorado no tanto de la luna sino de una muchacha de ojos grandes y nombre misterioso.

Pablo Galindo Arlés, 24 de septiembre de 2015

i

<http://espacio-geografico.over-blog.es> (tomo la representación más indicada entre otras)